

Adiós, que marchó a la guerra

Jacinto era tan tierno, tan humilde. Ni un solo pelo en la cara y ya tenía que marcharse, enviado por la patria, a proteger lo que no era suyo, pero decían ser de Portugal.

Cómo iba a ir él así, tan sumiso, a defenderse de la terrible muerte que acecha en cada embestida, dónde buscaría valor y pericia para disparar un arma. Si le hubieran pedido que manejara un rastrillo, una horca, una azada, entonces, sí. Sabría abrir heridas en la tierra, rasgar vetas de agua, combatir plagas de saltamontes, arrancar hierbas dañinas. Pero matar, matar de hacer brotar sangre, matar de hacer gritar, matar de rasgar las entrañas, eso no lo conseguiría.

Celeste era pequeñita, redondita, con aires de niña que trae la libertad del campo en su regazo. Se sabía de memoria el canto de los pájaros, el nombre de todas las hierbas y flores, los árboles, los animales, tanto de los pequeños como los grandes, los de la noche y los del día. No había nada en el pueblo cuyo color y olor ella no conociera. Adivinaba las lluvias antes de que cayeran, los vientos antes de que soplaran en ráfagas, el calor antes de que todo se quemara. Tan joven y tenía que irse ya, a servir a la ciudad.

Jacinto y Celeste nacieron el mismo día y liberaron el primero de muchos llantos a la misma hora.

Crecieron juntos en la aldea de Monte Branco, que por falta de lluvia, era marrón. Las casas que se extendían por la población poco más tenían que la puerta de entrada y la mesa de la parca comida.

Compartieron el bautizo, el colegio, la catequesis y se dieron el primer beso con promesas de altar.

Celeste era la más joven de doce hermanos: ocho niños (todos seguidos) y cuatro niñas. La habitación de los padres, muy pobres, estaba junto a la pocilga. Quizás por tanta cercanía y convivencia nocturna, fueron procreando como los

animales de los que obtenían gran sustento. Doce hijos, más que los platos que tenían para poner sobre la mesa, mucho más que la comida que tenían para poner en los platos.

Fue la noche de Navidad, al celebrar sus 14 años, entre las coles y las patatas humeando en la olla, cuando recibió Celeste la noticia:

—Hoy he estado hablando con la profesora, la señorita Cacilda —le dijo la madre, con una voz arrastrada en la que se presentía un dolor profundo.

—Conoce a una señora en la ciudad que necesita una chica para servir, una chica así como tú, fuerte y desenvuelta. Empiezas a trabajar la semana que viene, ya está apalabrado.

Celeste escuchaba y no levantaba los ojos del plato compartido con su hermana pequeña. Hoy el plato era más abundante, y ella sabía muy bien que oveja que bala, bocado que pierde. Y seguía escuchando a su madre:

—Aprenderás a cuidar la casa y al menos será una boca menos que alimentar. Tu prima Rosa te manda este vestido. Una hija mía no se va a la ciudad mal vestida. El resto de la ropa, dice la Señora que irá contigo a la costurera, tendrás un uniforme de servir muy bonito y un vestido para ir a misa. Después vuelves a traer el de Rosa, que le hace falta.

Celeste escuchaba y no decía nada, ya estaba apalabrada, y, a palabra dada, sabía muy bien que su madre no volvería atrás. Era lema de la tierra, era lema de los pobres, puede que no tuvieran nada más, pero el honor sobraba en las casas donde poco más había.

Esa noche le costó dormirse, se le hacía extraño imaginarse vestida con ropa de servir, sin que fuera la que ya había sido de otras muchachas antes que ella, y que le llegaba tan gastada que ya poco servía para protegerla del frío del invierno y el sol del verano. Nunca había ido a una costurera, nunca había vestido algo que no hubieran vestido muchas veces otras como ella. Se durmió acunada por el sentimiento, nuevo para ella, de tener algo nuevo, solo suyo.

Por la mañana, en cuanto vio a Jacinto, corrió hacia él y le contó la novedad.

Él se iba al campo, descalzo y con el pantalón remangado hasta la rodilla. El sudor que le nacía en la frente se escurría por el cuello, daba ya indicios de que la labor iba a ser dura, y todavía eran las siete.

—Jacinto, ¿te has enterado? Me voy a servir a la ciudad.

—¿Y yo?

—¿Y tú? Tú te quedas aquí ayudando a tu madre, cuidando el campo y el ganado. Juntamos dinero y nos casamos. Haremos una boda preciosa, con ropa nueva y tartas para el convite.

—En cuanto estés en la ciudad, no querrás saber de mí. No vas a querer volver, aquí no hay futuro.

—No seas tonto, Jacinto. El Alentejo nunca sale de nosotros y somos el uno del otro desde que hemos nacido.

Jacinto volvió la cara hacia la tierra quemada por el sol, después miró a Celeste y dijo:

—¿Lo juras?

Celeste se fue a servir a la ciudad, pero la comida, en la aldea, seguía faltando. Por eso, iba mandando a la familia el pan fresco que sobraba en la casa donde había ido a servir; pan que, cuando llegaba, ya estaba duro y seco.

Reclutaron a Jacinto al servicio militar, al Regimiento de Caballería N.º 3, en Estremoz. Los fines de semana, tomaba el tren hasta Sousel e iba a ver a Celeste. Se encontraban los domingos, después de misa. La Señora dejaba que intercambiaran unas palabras, sentados en el banco delante de la estación. Las preguntas se repetían:

«¿Cómo estás, tienes noticias de Monte Branco, y tu madre, y tus hermanas?». Las palabras se mezclaban con juras de amor y el deseo de la boda con una fiesta bonita. Solo tenían que esperar que los años de servicio llegaran a su fin. Los dos ya tenían un dinerito aparte, y la madre de Jacinto les entregaría la casa y los campos. Ya tenían mucho. No necesitaban tanto, solo deseaban tener salud para trabajar.

Esta fue la rutina durante dos años, hasta que Jacinto recibió una carta. Lo llamaba la Patria.

Su madre y Celeste se quedaban atrás, el futuro se quedaba atrás. Temía ese momento, sin embargo, creía que no llegarían a llamarlo. Era hijo único, la madre necesitaba sus brazos para el campo de trigo y no para el campo de guerra.

Esa mañana, después de misa, se sentaron los dos en el banco de costumbre, delante de la estación de trenes. Celeste vio la tristeza en su rostro y adivinó la noticia antes de que él la pronunciara.

—No te pongas triste, verás que el tiempo pasa corriendo, mientras tanto vamos ahorrando dinero, cuando vuelvas nos casamos enseguida.

—Y tú, ¿me esperas?

—No seas tonto, no podría esperar por nadie más, siempre lo hemos hecho todo juntos, el primer llanto, la primera risa, el primer beso. Escucha bien lo que te digo, yo seré tu mujer y tú serás mi hombre, puedes escribirlo.

Ese momento, Jacinto, que siempre había sido tímido, se puso encima del banco y gritó alto, para que lo escuchara todo el mundo:

—Yo, Jacinto Manuel de Almeida, declaro, ante el Cielo y la Tierra y todos los que nos escuchan, que Celeste Maria es mi mujer legítima, y que nadie separe lo que Dios, que es mi testigo, ha unido.

Emocionada, Celeste lo abrazó en ese banco de estación en medio de llegadas, esperas y salidas. Abrazados ya como marido y mujer. Cerraron los ojos y se imaginaron la boda preciosa, las cabezas de ambos adornadas con azahar y la mesa llena de vino y pasteles.

Fueron andando y dándose la mano hasta el tren que lo llevaría a Angola. Una vez más el abrazo, esta vez más apretado, esta vez dolía más. El miedo y la pena estaban presentes en todos los semblantes en aquella estación. 146 hombres de la tierra fueron llamados a defender la Patria. Allí no faltaba el llanto de las madres. Agarradas a sus hijos, les hablaban como si siguieran siendo sus niños. «Ten cuidado, aliméntate bien, no te pongas al sol». Las novias les susurraban: «No te olvides de

volver, estaré aquí esperándote». «No me olvides, espérame», decían ellos.

No supo hacer otra cosa Celeste los meses que siguieron. Nueve meses en total de una gestación sin fruto. Celeste traía ese amor al pecho como una madre trae al hijo en el vientre. Nueve meses de calor y de servidumbre en casa de la Señora.

Al cabo de nueve meses, las cartas dejaron de llegar. Ni de Jacinto vivo ni de Jacinto muerto, ninguna noticia. Algunos compañeros de Jacinto iban llegando, unos en féretros, otros sin piernas, brazos, ciegos, otros enteros por fuera pero rotos por dentro (nunca volvieron a ser los mismos).

Pero de Jacinto nada.

Terminó la guerra.

Y de Jacinto nada.

La madre de Jacinto enfermó. Celeste fue llamada a su lado, la acompañó hasta la muerte.

—De nuestro Jacinto, ¿tienes noticias?

—No, suegra, pero volverá, sé que volverá. Me lo prometió, y yo también he prometido esperarle.

Celeste tiene ahora 83 años. Cada domingo va al banco de la estación a esperar a Jacinto. Se queda allí sola, con los ojos abiertos y fijos en la entrada de la estación. Su mirada es la misma, igual que el día que lo vio entrar en el vagón.

Ahora no hay guardavías, maleteros, pasajeros, el bullicio de las maletas, los vagones, el tren. Las hierbas crecen en medio de las vías. Todo lo demás sigue igual.

En ella nada ha cambiado, la voluntad sigue siendo la misma, la voluntad de que Jacinto vuelva de la guerra.

Nadie es capaz de decirle que el tren ya no pasa por allí.

Adélia Carvalho